

XV.

Para vengar esta decepcion se espulsó á todos los amigos de Fenelon de la corte del duque de Borgoña. Bossuet publicó una relacion sobre el *quietismo*, en que aun las cosas mas pequeñas se miraban como muy graves en contra de sus sectarios. Fenelon queria guardar silencio, temiendo arrastrar en su ruina al duque de Beauvillers, su único amigo cerca de su discipulo; pero las instancias de su representante en Roma le obligaron á contestar. Su respuesta ganó y conmovió los corazones.

El contraste entre la dureza de Bossuet y la reserva prudente del acusado, brilla á los ojos de la opinion. «¿Podeis comparar, dice Fenelon al fin de su respuesta, vuestra conducta con la mia? Cuando publicais mis cartas lo haceis con objeto de difamarme; cuando yo publico las vuestras lo hago para manifestar que sois mi *cansagrante*. Violais el secreto de mis cartas particulares para perderme, y yo me sirvo de las vuestras, no para acusaros, sino para defender mi inocencia acusada. Las cartas mias que publicais son aquellas que contienen lo que hay de mas secreto en mi vida despues de la confesion, que me hacen, segun vos, el *Montano* de una nueva *Priscila* (1). ¡Ah! ¿Por qué buscáis tanta gloria en mi perdicion? ¿Quién no se asombrará de que se abuse del talento y de la elocuencia hasta comparar una defensa tan inocente, tan legitima y tan necesaria, con una revelacion de los secretos de un amigo?»

«Conocióse desgraciadamente, dice el contemporáneo d'Agnesseau, que uno de estos dos ilustres adversarios no decia verdad, y lo cierto es que Fenelon á lo menos supo inspirar mas verosimilitud en el ánimo del público.»

«¿Qué, le contesto con talento? dijo Bossuet al leer esta defensa; él le tiene en tan alto grado que me causa miedo. Su desgracia consiste en haberse encargado de una causa en que tanto le ha menester.»

Fenelon manifestó en aquella crisis de su vida, que su corazon era superior á su talento.

TERCERA PARTE.

I.

Sin embargo, la condenacion del libro de

(1) Falsa profetisa que siguió al heresiarca Montano.

Las *Máximas* no se publicaba. Roma dudaba: el papa Inocencio XII disimulaba muy mal la conviccion secreta que tenia de la inocencia de Fenelon, de la pureza de sus costumbres y del encanto de su virtud; los cardenales encargados de examinar su libro estaban divididos en igual número; pero intervinieron Bossuet y Luis XIV, y decidieron por medio de una carta exigente al soberano pontifice.

«Veo con dolor, decia el rey al papa, que se retarda una sentencia tan necesaria por el artificio de los que tienen interés en suspenderla. Solo podemos esperar la tranquilidad de una decision clara y terminante, que no pueda recibir interpretacion alguna ambigua, para cortar de raiz el mal. Os pido esta decision por vuestra propia gloria, y ademas de los grandes motivos que os deben determinar á hacerlo, creo que servirá de algo que yo os lo suplique, etc.»

Al mismo tiempo que esta reconvenccion al papa partia acompañada de otra mas severa al embajador del rey en Roma, Luis XIV, condenando por sí mismo, borraba con sus propias manos de entre los empleados de la casa del duque de Borgoña, el nombre de Fenelon, su preceptor, suprimia su sueldo y mandaba cerrar su habitacion en Versalles.

Privado de sus honores y desterrado de palacio, Fenelon no tardó mucho en conocer que una sentencia eclesiástica iba á herirle en su carácter sacerdotal. «Señor, salvados, porque estamos pereciendo, le escribia desde Roma su fiel amigo el abate Chanterac. Pero nuestros padecimientos serán gloriosos si sirven para defender el verdadero amor de Dios ¿Qué placer tengo al pensar que estaremos unidos por una eternidad! ¿Cuántas veces me digo en estos terribles dias de turbaciones y tinieblas: ¡VAMOS, MURAMOS CON EL!»

«Si, muramos en nuestra inocencia, le respondió Fenelon. Si Dios no quiere servirse de mí como sacerdote, no pensaré mas que en amarle en toda mi vida ya que no pueda hacer que le amen los demas.»

Llegó al mismo tiempo á sus oidos la noticia de la muerte de Mad. Guyon en la Bastilla, falso rumor que se estendió, y Fenelon, creyéndole verdad, escribió. «He sabido que Madame Guyon ha muerto en la Bastilla, y debo decir despues de su muerte lo que he dicho durante su vida: que no he encontrado en ella nada que me haya edificado en gran manera. Fué un ángel de tinieblas, y no podré decir lo que me ha parecido en la tierra. Seria una cobardía horrible hablar ahora ambiguamente para sacarme á mí mismo de mi compromiso.»

II.

Por fin la condenacion obtenida tan á duras penas de la justicia y bondad de Inocencio XII

Llegó á Paris con los gritos de alegría de los enemigos de Fenelon en Roma. «¡Ah! os enviaremos la piel del leon que tanto trabajo nos ha costado sujetar, escribieron, y que ha asombrado al mundo con sus rugidos por espacio de tanto tiempo.»

Cuando Fenelon recibió esta noticia iba á subir al púlpito á predicar sobre un asunto que tenia meditado dias antes, y no tuvo tiempo para cambiar una sola palabra con su hermano, que quiso comunicarle tan triste nueva para que le causase menos impresion. Nadie observó la menor alteracion en su rostro; arrodillóse solamente un momento, llevóse las manos á la frente, y levantándose con su serenidad acostumbrada, olvidó lo que tenia pensado decir, y habló con santa unción de la sumision ciega y sin reserva, debida en todas las circunstancias de la vida á la autoridad legitima de los superiores.

Su condenacion, sin embargo, corria de boca en boca en la catedral, haciendo que todos le admirasen, y escitando las lágrimas su resignacion; el rebaño habia sido ofendido al mismo tiempo que el pastor. Solo él se sentia consolado y curado por la misma mano que acababa de condenarle, porque su dolor no provenia del orgullo, y si de la incertidumbre de su conciencia. La autoridad que reconocia, librándole de esta incertidumbre le libraba de su angustia, porque habia puesto su conciencia á disposicion de la Iglesia, y habiendo hablado esta, creyó oír la voz de Dios, y se inclinó acatando la sentencia.

«La autoridad ha descargado mi conciencia, escribia en la tarde de aquel mismo dia, y ya no debo hacer mas que humillarme, callarme y llevar en silencio mi humillacion. Me atreveré á decir que me encuentro en un estado que lleva consigo mismo el consuelo para un hombre justo que no tiene que ver nada con el mundo? Muy costoso es sin duda humillarse; pero la menor resistencia costaría cien veces mas á mi corazon.»

Al dia siguiente dió una declaracion á sus diocesanos en que se acusaba de los errores contenidos en el libro de las *Máximas*. «Nos consolaremos, decia en esta declaracion, que es el acto mas cristiano de su vida, nos consolaremos de nuestra humillacion con tal que no se debilite el ministerio de la palabra que hemos recibido del Señor para vuestra salvacion, y que la humillacion del pastor sea útil al rebaño.»

Y sin embargo, estas palabras han sido interpretadas, aun viviendo Fenelon, por sus enemigos, como el sacrificio de su orgullo de obispo á su orgullo de hombre político, y han visto en ellas un pretexto para separarse de sus cómplices, un paso dado para reconciliarse con el rey á costa de su conciencia, una retractacion baja y disimulada de sus opiniones religiosas, que guardaba intactas en su corazon, pero que condenaba por política. Pero la

imparcialidad le absuelve de semejantes calumnias: si Fenelon hubiese tenido ambicion mundana y hubiese usado del disimulo para abandonar unas creencias que repugnaban al rey y á la corte, hubiera cuidado mucho de no manifestarlas delante del rey y de la corte, previendo la desgracia y el destierro que sufrió. Hacía algunos años que el descrédito le perseguía y no hubiera aguardado el fin de su martirio para renegar de su fé. La verdad es que defendió su filosofia trascendente y su piedad etérea mientras que solo fueron condenadas por el rey y el mundo, pero que en el momento en que decidió la autoridad eclesiástica sacrificó sin dudar un solo instante á su deber lo que no habia querido sacrificar á su ambicion.

Es creible que la sentencia de Roma no borró del fondo de su corazon aquellas sublimes convicciones sobre el amor desinteresado y absoluto de Dios, no creyéndose engañado en lo que sentia, sino extraviado en lo que habia escrito; y creyendo sobre todo que la Iglesia queria que se guardase silencio sobre sutilezas que podian turbar los ánimos y embarazar su gobierno, y así se sometió á este silencio con humildad y de buena fé.

III.

Esta humildad y este silencio que edificaron al mundo, irritaron mas á sus enemigos. Habian buscado un heresiarca á quien destruir, y Fenelon les presentaba una víctima que admirar.

«Muy extraño es, dice Bossuet, que Fenelon, tan sensible á su humillacion, lo sea tan poco á su error. Quiere que todo se olvide menos lo que le honra. Esto solo lo hace un hombre que quiere ponerse á cubierto de las decisiones romanas sin tener ninguna buena intencion.»

El talento de Bossuet no sirvió en esta ocasion mas que para ilustrar el odio que llevó hasta el sepulcro. Su triunfo no precedió mucho á su muerte. «He llorado por él delante de Dios y he orado por el maestro de mis primeros años, escribia entonces Fenelon, pero es falso que haya hecho celebrar sus exequias en mi catedral y que haya pronunciado su oracion fúnebre. Semejante hipocresía no es para mí.»

La persecucion de Bossuet contra el mas afectuoso de sus discipulos es una mancha que empaña su memoria. Nada queda impune aun en la tierra.

El entusiasmo y celo por la unidad de la fé en el sacerdote, no excusa la crueldad del teólogo en la disputa. Bossuet era un profeta bíblico, Fenelon un apóstol del Evangelio; el pri-

mero estaba personificado en el terror, el otro en la caridad. Todos envidiaban á Bossuet como escritor, pero ¿quién le envidiará como hombre? La espionaje de los hombres superiores consiste en no ser amados después de su muerte en su gloria.

Madama Guyon, causa de todo, salió de Vincennes después de la muerte de Bossuet y vivió retirada en Lorena con una de sus hijas, y allí murió después de algún tiempo con una fama de piadosa y virtuosa no desmentida, y que justifica la estimación de Fenelon.

IV.

Parecía que todo se había pacificado y que Fenelon podía prometerse volver cerca de su discípulo el duque de Borgoña, cuando la infidelidad de un copista que entregó á los impresores de Holanda un manuscrito del Telémaco volvió á hacer caer á Fenelon en la animadversión de la corte y en la cólera del rey. El Telémaco, publicado de este modo, estalló como una revelación y corrió con la rapidez del rayo. La época necesitaba este libro; los cambios de la gloria, de la tiranía, de la servidumbre y de las desgracias de los pueblos después de las guerras de Luis XIV habían infundido en todos los ánimos un presentimiento de la doctrina estendida en el Telémaco. En efecto, este poema era la venganza de los pueblos, la lección de los reyes y la inauguración de la filosofía y la religión en la política; presentándose en él la verdad y aun la ilusión revestidas de una poesía deslumbradora y armoniosa.

La dulce voz de aquel prelado legislador y poeta que acaba de instruir, consolar y encantar al mundo, resonó y encontró eco en todas partes. Las prensas de Holanda, Bélgica, Alemania, Francia é Inglaterra no eran bastantes para multiplicar los ejemplares según la avididad con que se leía aquel libro, que fué por espacio de algún tiempo el evangelio de la imaginación, y clásico desde su publicación.

El rey llegó á saberlo: y sus cortesanos, mostrándole su imagen en el débil y duro *Idomeneo*, azote de los pueblos, le dijeron «que el que hacia de él semejante retrato debía ser su enemigo». Vieron una sátira sangrienta de los príncipes y del gobierno en las narraciones y teorías del pagano, y la malignidad pública se complació en ver al rey, á los príncipes, á los ministros, á los favoritos y favoritas en los personajes que Fenelon había puesto en sus cuadros; y estas pinturas, hechas en el palacio de Versalles, bajo los auspicios de la confianza que el rey había puesto en el preceptor de su heredero, aparecieron como una traición doméstica.

Los hermosos pensamientos de Fenelon en

contraste con las sombrías realidades de la corte y la tristeza de un reinado que camina á su fin, se levantaron como otras tantas acusaciones contra la monarquía. La temeridad, la perversidad y la ingratitude fueron imputadas á la imaginación de un poeta que no había hecho mas mal que pensar y pintar una cosa mas bella que la realidad. La antipatía natural que Luis XIV tenía á Fenelon, se convirtió en indignación y resentimiento. Cuando comparamos el reinado y el poema no podemos ni asombrarnos ni acusar al rey, porque tal libro escrito á la sombra de palacio y publicado sin noticia del rey, parecia, en efecto, la mas sangrienta sátira y el mas cruel ultraje á la confianza íntima y á la magestad del soberano. Sin embargo, Fenelon no abrigaba en su corazón al escribirle las siniestras alusiones, y las ingratas denuncias que se le atribuian; habíase entregado inocentemente á su imaginación que lo coloraba todo, aun á los gobiernos con su perfección moral, su candor y su amor á la humanidad, y había querido preparar en silencio para su discípulo un modelo de príncipe y de legislación. No era culpa suya, si el esplendor de la virtud brillando en sus interlocutores y sus personajes oscurecía el reinado arbitrario, soberbio y cruel del rey. El temor de estas alusiones le había obligado á tener oculto como un misterio el Telémaco entre él y su discípulo, no pensando nunca que le produjese gloria, y reservándole para la instrucción del que había de subir mas tarde al trono. Nunca se había gozado en la publicidad de sus escritos; los había escrito solamente para reducidos círculos amistosos, de donde no habían salido nunca sino por su fama.

Así había escrito el Telémaco, poema que según creía no debía publicarse hasta la muerte de Luis XIV; había sido escrito en su gabinete y de su propia letra, y copiado después por una persona á quien creía fiel, pensando dejarle después de su muerte á su familia para que obrase según las circunstancias. Por estas razones, y porque conocía que su publicación le condenaría á un destierro perpetuo y le haría enemigo de la corte, que no le perdonaría nunca, le causó aquella tanta sorpresa como dolor.

V.

Y no se engañaba: la oposición de la corte fué instantánea, porque conoció el mal que mas tarde la había de causar este libro, y quiso ocultar el terror bajo el desprecio.

«El libro de Fenelon, dijo Bossuet, que vivía aun cuando principió á circular, es una novela que divide los ánimos; los intrigantes le admiran, pero los demás le consideran

«como un juego muy poco digno de un sacerdote.»

«No me enido de leer el Telémaco,» escribía Mad. de Maintenon. El rey, que leía poco, no quiso leerle; pensaron olvidarle con el silencio, y así convinieron en Versalles en no pronunciar su título delante del rey, porque este creía que nadie se acordaba ya de tal libro porque él le había olvidado. Diez y seis años después, que el Telémaco inundaba la Europa traducido á todas las lenguas, hablando la Academia francesa de las obras literarias contemporáneas, guardaba silencio respecto del libro que admiraba su siglo y la posteridad.

Tal encarnizamiento por parte de la corte asombraba al duque de Borgoña, que se interesaba cada vez mas por su maestro, viendo la injusticia y la adversidad que le perseguía; y para evitar la tiranía de su abuelo, se veía obligado á ocultar su amistad con Fenelon y su rara correspondencia con él como un crimen de Estado.

«En fin, le escribió el joven príncipe, encuentro una ocasión de romper el silencio que he tenido que guardar por espacio de cuatro años. Muchos males he sufrido; pero uno de los mayores ha sido no poder decir lo que sentía por vos en este tiempo, y que mi amistad aumentaba en vez de disminuir con vuestras desgracias. No dejo de pensar cuando os veré, pero creo que no será pronto... Continuó estudiando solo, y en el estudio encuentro mas placer que nunca; la filosofía y la moral, sobre todo, me gustan mucho; no me canso de reflexionar sobre ellas, y he escrito unos cuadernos que me alegraría poder enviaros para que los corrigiérais... No os diré cuánto siento todo lo que han hecho con vos... pero debemos callar y someternos... No enseñéis esta carta á nadie mas que al abate Langeron, porque estoy seguro de su fidelidad, y no me contesteis...»

Fenelon contestaba, alguna que otra vez, dándole consejos como hombre piadoso y como político, llenos de unión y una ternura paternal. Su único consuelo estaba en aquel sitio retirado del palacio de Versalles donde había dejado su corazón, y donde volvía á encontrarle en el discípulo que debía sacarle de su aflicción algún día.

«No os hablo mas que de Dios y de vos,» escribía, no se trata de mí, porque gracias al Señor, tengo mi corazón tranquilo. La pena mas grande que me aflige es la de no poder veros; pero os llevo continuamente delante de Dios, en una presencia mas verdadera que la de los sentidos. Mil vidas daría como una gota de agua por veros así como Dios os ve.»

El duque de Borgoña, cuando fué á tomar el mando del ejército de Flandes en la campaña de 1708, pasó por Cambray.

«Menos preocupado le tenía al rey, dice Saint-Simon, el mando que acababa de tomar su nieto, que la necesidad de que pasase por

«Cambray, que no se podía evitar sin una «fación ridícula. Al despedirse le prohibió severamente, no solo que hiciese noche allí, sino que se detuviese para comer; y para evitar la mas corta entrevista con el arzobispo, le prohibió también salir de su carruaje, dando orden á Saumery para que cuidase del cumplimiento de aquellos mandatos; y los hizo observar en Argus con una autoridad que escandalizó á todo el mundo. El arzobispo estaba en la casa de postas, y se aproximó al carruaje de su discípulo así que llegó; pero Saumery, que le había comunicado ya las órdenes que traía, fué á pie á su lado sin separarse un solo momento. El príncipe conmovió á la multitud que le rodeaba con la alegría que le manifestó, aunque obligado á contentarla al ver á su maestro. Le abrazó repetidas veces, y el ardor de sus miradas suplieron lo que el rey había prohibido, y tuvieron tal elocuencia que ganaron todos los corazones. Se mudaron solo los caballos, pero sin mucha prisa; se abrazaron nuevamente y partió el príncipe. La entrevista había sido demasiado pública é interesante para que no se hablara de ella en todas partes; y como el rey había sido obedecido exactamente, no pudo chocar con lo que se hubieran podido decir en sus miradas; pero la corte fijó mucho la atención en aquella entrevista, y principalmente el ejército. La consideración que el arzobispo se había granjeado, á pesar de su desgracia, en su diócesis y en los Países Bajos, se comunicó al ejército, y los que se cuidaban del porvenir, tomaron después el camino de Cambray mejor que otro cualquiera para ir ó venir de Flandes.»

VI.

Fenelon debe ser admirado sobre todo en Cambray, en los tristes años en que, coligada la Europa, hacia espír á Luis XIV las grandes prosperidades y la gloria de su reinado. Mirando á lo pasado, la posteridad no encuentra nada mas bello, mas sencillo, mas desinteresado, mas prudente, mas respetable ni respetado que este hombre tan amable cumpliendo sus deberes. El sacerdote, el obispo, el administrador, el amigo, el ciudadano, estaban fielmente representados en Fenelon, con todos los nobles sentimientos que adornan la naturaleza humana. En medio de la guerra desgraciada que asoló su diócesis, Fenelon se presenta como una personificación de la caridad; su nombre es bendecido, porque á medida que aumenta la miseria aumenta también su celo y caridad. Divulganse sus beneficios á su alrededor como para tomar parte en ellos y ayudarle á soportar la desgracia; conmuevense los

corazones, y añádense á la verdad mil detalles que parecen idealizarla, naciendo así una especie de leyenda bajo los pasos del arzobispo, y que le sigue como el dulce aroma de sus virtudes. Estos hechos, ciertos ó falsos, se encuentran en todas las memorias.

Durante el invierno y el hambre de 1709, su caridad se ejerció con un celo más activo, teniendo que remediar la triple desgracia de la guerra, el frío y el hambre. Habíanse acumulado los desastres. Las plazas fortificadas con tanto cuidado por la prudencia del rey, estaban en poder del enemigo. Las tropas, mal pagadas, olvidaban la disciplina así como habían olvidado la victoria. El tesoro estaba exhausto. La inagotable imaginación del fisco estaba agotada, y ya no sabía bajo qué pretexto sacar un escudo. El rigor del invierno había esterilizado las semillas confiadas á la tierra. Los hombres morían de frío, y cuando llegó el verano se los vió morir de hambre con un puñado de yerba en la boca. En varios puntos la sedición hizo temblar á aquel trono que no encontraba apoyo en ninguna cosa, y las ejecuciones contestaron á los estravios de la miseria. La paz que Luis XIV no había sabido guardar nunca, huía ahora ante sus humildes peticiones. La ambición del príncipe Eugenio y la avaricia de Marlborough, prolongaban la guerra que les servía á ellos y á su gloria. Después de Hochstædt y Ramillies, Odenaia, Lila y Malplaquet, parecía anunciar la última hora de la Francia, que conservó por mucho tiempo un gran temor, y que se estremece hoy aun cuando recuerda aquel año en que parece que Dios quiso castigar á los hombres por sus discordias, aumentando severamente los males con que se oprimian ellos mismos.

Pero sobre este triste recuerdo se encuentra el del hombre divino que la Providencia presenta como ejemplo cuando castiga tan terriblemente. Esta es una ley histórica: en las épocas de destrucción los grandes hombres y las grandes virtudes; en los desastres los héroes de la caridad: así lo podemos observar en todas partes: en la matanza de los indios, Las Casas; en las guerras de religión, L'Hopital; en la corrupción del siglo, San Vicente de Paul; San Carlos Borromeo en Milan; Belzuncio en Marsella; en la época de los cadalsos levantados por el terror, sus víctimas. El año 1709 y Flandes tuvieron á Fenelon. En estas señales de salvación se conoce la mano que castiga para enseñar.

El palacio episcopal de Cambrai fué el asilo de las desgracias, y cuando no se cabía ya en él, Fenelon las abrió su seminario y alquiló varias casas. Pueblos enteros, arruinados por los soldados venían á refugiarse á Cambrai, donde eran recibidos como hijos, dándose de preferencia á los más desgraciados los primeros cuidados; además los generales, oficiales y soldados enfermos ó heridos, eran llevados á aquella ardiente caridad que no se disminuía nunca ante innumerables miserias. San Simón

usa raras veces la alabanza, pero cuando se trata de Fenelon, pierde su pluma toda la hiel que la caracteriza. Véase como se espresa:

«Su casa abierta lo mismo que su mesa parecíase á la de un gobernador de Flandes, y á un palacio episcopal; siempre militares distinguidos y muchos oficiales, sanos, enfermos ó heridos estaban hospedados en ella mantenidos y servidos como si fuesen un solo huésped. Fenelon asistía ordinariamente á las consultas de los médicos y cirujanos; llenando además, los deberes del sacerdote con los enfermos y heridos; otras veces hacia lo mismo en las casas y hospitales donde se encontraban alojados los soldados; y todo ello sin el más pequeño olvido y previniéndolo todo. Una liberalidad bien entendida, una magnificencia que no insultaba y que recaía así en los oficiales como en los soldados, que reunía una gran hospitalidad y cuidaba de que la mesa, los muebles, los equipages estuviesen como es debido; oficioso y modesto, callando los beneficios que podía ocultar, que eran innumerables; activo y servicial en los demás casos hasta llegar á estar obligado á los que lo recibían; nunca se le vió apresurado y ceremonioso, sino con una cortesía que abrazándolo todo era siempre moderada y proporcionada; de manera que cada uno creía que le cuidaba solo á él y con aquella precisión que le distinguía; así todos le adoraban. Los habitantes de los Países Bajos, sin distinción ninguna, admiraban y estaban dispuestos á sacrificarse por el que era objeto de su amor y veneración.»

VII.

Así cumplía Fenelon su deber: se dedica á los desgraciados, y no solo los socorre y cuida, sino que vive con ellos: se encuentra siempre allí donde su presencia es necesaria; ni miserias repugnantes, ni males contagiosos le detienen. Después de lo que le inspira su ardiente deseo de consolar al afligido, tiene una cosa de más efecto que el remedio y la limosna, tiene su mirada, una palabra tierna, un suspiro, una lágrima: su pensamiento está en todo, todo lo prevé y desciende hasta el último detalle. Nada le parece indigno de sus cuidados y nada le fatiga, porque todo lo que hace es como el trabajo natural de su corazón. Conserva entera libertad de espíritu: ruega á medida como un solitario encerrado en el claustro; y mantiene, como un hombre desocupado, una correspondencia estensa, oficiosa ó seria, profunda é instructiva con las personas más eminentes, y casi siempre sobre las cuestiones más áridas y espinosas, obispo y teólogo escribió varias obras, instrucciones y memorias sobre

los puntos difíciles que aun ocupan á la iglesia de Francia. Su fuerza y sus recursos parecían inagotables, como si estuviera en su voluntad sacarlos de su alma. Severo consigo mismo y retirado de la sociedad, come solo y no vive sino de legumbres. No disminuye nunca lo que ofrece, ni posee nada que se pudiera quitar para remediar las necesidades de otro.

VIII.

La gratitud y veneración que inspiraba su nombre atravesaron las líneas enemigas que no habían podido romper nuestras armas; recorría solo y á pie toda su diócesis, y hasta las tropas más desacreditadas é indisciplinadas, los husares imperiales, le acompañaban y servían de escolta en sus visitas pastorales. Sus tierras, respetadas de orden de Eugenio y de Marlborough, eran el refugio de los aldeanos de los pueblos cercanos que llevaban allí, cuando se aproximaba el enemigo, sus familias y lo que más estimaban, y algunas veces para proteger mejor sus granos, sus bosques y praderas contra los merodeadores, los generales enemigos tuvieron en cuidado de darle guardia.

Un día unas carretas cargadas de trigo llegaron á la plaza de armas de Cambrai escoltadas por soldados de Marlborough. Temiendo que la escasez de alimentos no respetase mucho tiempo el trigo en el pueblecillo de Chateau-Cambresis, donde las había depositado Fenelon, el general inglés las había hecho llevar á la ciudad francesa á la vista de su propio ejército. Privilegio de los nobles corazones es elevar los de los demás é inspirarles buenas acciones. El santo arzobispo honraba hasta á los enemigos de su país con el respeto que le tenían.

IX.

Los beneficios de Fenelon no se limitaron á hechos particulares; se elevó hasta á bienhechor público; porque dió socorros á la patria, sirviendo á la Francia la admiración de que era objeto. Cuando nuestro ejército estaba próximo á morir de hambre por falta de provisiones, tuvo la gloria de salvarle, único ejemplo que se ha presentado en casos semejantes. Entregó sus almacenes á los ministros de la Guerra y Hacienda; y cuando el contador general le invitó á que fijara el precio del trigo que hacia tan estimable la necesidad, contestó: «He puesto en vuestras manos el trigo: valuadlo como buerías: yo daré por hecho lo que hagais.»

Al mismo tiempo escribía al duque de Chevreuse: «Si faltase dinero para cumplir obligaciones tan precisas, dispóned de mi vagilla de plata y del poco trigo que me queda. Mas quiero sacrificar mis riquezas y mi vida que tenerlas para mi regalo.»

Y cuando ya todos los esfuerzos y sacrificios no eran suficientes para cubrir las necesidades más urgentes de los soldados y los habitantes de Flandes, dirigía al intendente del ejército la siguiente carta que pinta á lo vivo las miserias que le rodeaban.

«Señor, no puedo menos de hacer lo que debo por nuestro país arruinado; por lo tanto os suplico eficazmente que tengais la bondad de procurarnos los socorros que nos habeis prometido en nombre del rey: esta provincia no tiene más recurso para todo el año que la avena, pues no hay ni un grano de trigo. Ya comprendereis que el ejército que está á nuestras puertas tiene que consumir mucha avena, siendo más la que se pierde con talar los campos que lo que se come... Ya no se busca el trigo porque ha subido á un precio enorme, de manera que ni aun las familias acomodadas pueden comprarle; siendo además muy raro el que se encuentra: tampoco tenemos cebada, y la avena que nos quede no bastará para los hombres y caballos. Estamos, pues, esperando ver perecer á los pueblos y que se desarrolle una peste que llegará pronto á París. Además, ya conoceis que si los pueblos no pueden sembrar, ni mantenerse, vuestras tropas tampoco podrán subsistir en esta frontera sin habitantes que les suministren las cosas más necesarias, y la guerra no se podría continuar el año próximo en un país destruido: ya estamos muy cerca de este último estado; los pobres mueren de hambre y los ricos caen en la pobreza. Vos me habeis escrito que el rey nos enviaria alguna cantidad de cebada y avena, y ahora os hago presente que no hay otro medio de salvar una frontera tan cercana de París y tan importante para la Francia. Creería faltar á Dios y al rey sino os hiciese una pintura fiel del estado en que nos hallamos. En fin, aquí lo esperamos todo de la compasión de su magestad para unos pueblos que no se han manifestado menos fieles que los del antiguo reino...»

X.

El rey envejecía: una enfermedad aguda se llevó en Mendon al padre del duque de Borgoña, hijo de Luis XIV, que debía reinar antes que el discípulo de Fenelon. Los cortesanos, que veían ya muy poca distancia entre el trono y el duque de Borgoña, volvieron sus ojos hacia el nuevo sol que se elevaba, y vieron de-